

más que volver a encontrar en su vida rutinaria y estéril la "tranquilidad" que necesita.

No es ya la incomunicación en el sentido en que Antonioni la entendía, sino la imposibilidad de desarrollar una vida normalmente en unas estructuras sociales basadas en la posesión. La "comedia" que Losey comienza, va agriándose lentamente, va tomando cuerpo en cuanto que sus aristocráticos personajes deben dejar el humor para enfrentarse a una cara de la realidad a la que no están acostumbrados. Se repite, pues, el juego dramático de Losey que es habitual: unos personajes concretos se enfrentarán entre sí dentro de una sociedad muy determinada de la que, de alguna forma, son víctimas.

Sin quizá la brillantez de

otras ocasiones, con el condicionamiento de unos actores-estrella (por otra parte, en lo que se refiere a Glenda Jackson y Michel Caine, excelentes) y con la serenidad de quien ya conoce las triquiñuelas de unas relaciones monótonas, Losey realiza en "Una inglesa romántica" un espléndido trabajo, cuyo sentido hay que encontrar más allá de la apariencia "fácil". Como es habitual, sin embargo, la versión española no ayuda demasiado a ello por las dos razones también habituales: el doblaje (pésimo) y la censura (que sin eliminar ninguna escena no ha dudado en "pulir" algunas de ellas, en ocasiones traicionando el sentido que Losey les daba).

■ DIEGO GALAN.



Glenda Jackson.



El Chile actual mantiene exiliados a muchos de sus artistas. Aquí, en España, viven muchos de ellos. En El Escorial, concretamente, un núcleo importante de chilenos artistas han iniciado una labor altamente interesante de artesanías, mantenidas por todos ellos en un régimen casi cooperativo, que luego cada uno sabe hacer compatible con la labor personal de su propio arte. Entre ellos está el escultor Ricardo Mesa.

La obra escultórica de Mesa ya la conocía yo con anterioridad a esta exposición. Era lo que él denominaba, con terminología poco reverencial, "las gordas". Se trataba de figuras —generalmente no muy grandes— de terracota, casi siempre desnudos femeninos en los que el volumen estaba tratado con mucho énfasis —y de ahí su nombre—, pero con un alto valor escultórico de su forma cerrada. Lo que ahora acaba de presentar en Aele.—la galería hispanoamericana de Madrid— no parece tener nada que ver con eso, ya



Ricardo Mesa.

que se trata más bien de una exégesis de la forma abierta, al contrario de la que ya le conocíamos.

### Las mallas de Ricardo Mesa. Galería Aele. Madrid.

Se trata, sí, de esculturas, ya que tendríamos que tipificarlas como "relieves" si nos viésemos obligados a ello. Pero de ser así, se trataría de relieves que ni aluden a su macizo interior —porque no lo tienen—, ni tratan de diferenciarse de una solidez pesada de la que carecen. Son "relieves" en el sentido más total de la palabra, alcanzados a través de la pura bidimensión, mediante una malla metálica provista de oquedades y de volúmenes escultóricos que definen casi siempre desnudos femeninos.

El artista, en ningún momento trata de crear ningún tipo de sensación equívoca ni de fingir ningún volumen inexistente. Antes bien, enfatiza la parca bidimensionalidad de la malla de que se sirve y lo que hace es extraer de esa misma parquedad una serie de otras peculiaridades que no son características de la escultura, pero que, sin duda, enriquecen a la obra. Su tema es casi siempre —siempre— el desnudo femenino, sugerido a partir de esa malla metálica, la cual se curva y se dobla tanto como sea necesario hasta indi-

car el volumen deseado... Digo "sugerir"... digo "indicar"... Quiero insinuar que la malla de procedencia nunca se niega a sí misma, ni mucho menos trata de esconderse tras una apariencia de volumen físico. Hay una especie de convención, de acuerdo tácito entre el autor y el presunto espectador o consumidor potencial de la obra, mediante el cual es como si se pactara la sugestión volumétrica y aun el volumen, pero se deja a salvo la integridad bidimensional de la malla de origen. En ese juego, pues, de alusiones y de elusiones se mueve toda la obra de Ricardo Mesa.

Alusiones y elusiones que, claro está, acaban por darle un carácter especial a la obra en sí misma. Las figuras —que, no se olviden, son desnudos femeninos— tienen una entidad translúcida muy especial, como cristalinidad, como desmaterializadas.

Esa experimentación al margen de la solidez de la forma pesada en el sentido más literal de la palabra, acaba por crear un sistema mínimo en el enfrentamiento con la obra de Ricardo Mesa. Se lo confiere, sobre todo, ese carácter translúcido, en el que conviven sin contradecirse el interior y el exterior de cada uno de los volúmenes sugeridos. Pero, sobre todo, se lo confiere un especialísimo difuminado volumétrico que se transfiere hasta el carácter visible de las cosas y que llega a ser un difuminado efectivo de luces y de sombras... un difuminado que, por ejemplo, sin tener nada que ver materialmente con el de Carrière, sugiere aquel juego delicado de las sombras, tan distinto y tan opuesto, al tenebrismo...

Por lo demás, ni siquiera me tomo la molestia de disculparme por haberle llamado, sin más, **escultor** a Ricardo Mesa, cuando, en realidad, no es un artista que trabaja a partir de volúmenes, sino que es, por el contrario, un creador de sugerencias de volúmenes... ¿Es acaso un pintor? Yo no diría eso, sobre todo teniendo en cuenta esta exposición. Yo seguiría llamándolo escultor, aunque sus volúmenes no sean precisamente grávidos.

■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.